

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
T. RAMÍREZ
DE ARELLANO

X

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA
**1 - MIRADAS TRANSVERSALES
SOBRE LA TOPONIMIA**

FRANCISCO SOLANO
MÁRQUEZ
COORDINADOR



2021

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia



Coordinador
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2021

Colección Teodomiro Ramírez de Arellano

El callejero cordobés,
reflejo de nuestra historia

1

Miradas transversales sobre la toponimia

Coordinador:
Francisco Solano Márquez



REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CÓRDOBA

2021

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA
Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

1 / MIRADAS TRANSVERSALES SOBRE LA TOPONIMIA
Coordinador: Francisco Solano Márquez

(Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano X*)

Portada:

Rótulo elaborado por F. Román Morales inspirado en la tipografía de los azulejos antiguos del callejero cordobés.

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-124797-5-1

Dep. legal: CO 1445-2021

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com - Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

PRÓLOGO

El presente libro se inscribe en la colección *Teodomiro Ramírez de Arellano* y recoge los trabajos expuestos en la primera entrega del ciclo general **El callejero cordobés, reflejo de nuestra historia**, que aborda unas “Miradas transversales sobre la toponimia”. Se desarrolló entre el 1 y el 8 de junio de 2021 en el salón de actos de la Caja Rural del Sur, cuya Fundación patrocinó esta actividad, organizada por la Fundación Pro Real Academia de Córdoba con la colaboración de la propia Academia. Desde una perspectiva multidisciplinar se pretende explorar el origen y significado de los innumerables personajes, hechos históricos y circunstancias diversas que han ido inspirando a lo largo de los siglos, a partir de la conquista cristiana, los nombres de calles y plazas del actual casco urbano de Córdoba, que hoy se aproximan a los dos mil y reflejan la manera de ver la evolución del callejero de la ciudad a través de la sociedad que lo ha inspirado. Dada la diversidad de enfoques no era fácil ordenar los trabajos por riguroso orden cronológico, por lo que se mantiene el de su exposición en el ciclo.

Abre el libro el académico correspondiente y geógrafo Bartolomé Valle Buenestado con su trabajo **“De palabra a lugar. Callejero y toponimia como referentes geográficos”**. Tras indicar que la construcción de la ciudad es un proceso histórico en el que cada civilización reescribe su callejero, analiza la toponimia como fuente de información geográfica, pues permite a la población tanto el reconocimiento del espacio urbano como su conexión con el pasado, al tiempo que constituye la cara visible de la actuación humana en el espacio que habita. Más adelante clasifica en tres grupos los nombres actuales:

los primitivos, inspirados en la geografía física; los vinculados con la geografía humana y la sociedad, y los simbólicos, relacionados con ideas, acontecimientos y personajes notables. A raíz del Catastro de Ensenada (1752) toponimia y callejero pasan a ser elementos imprescindibles para la Administración, por sus mecanismos de control y vigilancia de la población, que en el caso de Córdoba tiene una concreción excelente en el denominado *Plano de los Franceses* (1811), cuyo callejero fue progresando y ordenándose conforme a las necesidades de policía, administración, fiscalidad y estadística. Cuando a principios del siglo XX la ciudad se extiende por su periferia las nuevas barriadas precisaron un considerable número de topónimos; algunos adoptaron nombres antiguos de origen agrícola, pero la mayoría fueron nuevos, formándose un callejero impostado, superpuesto a la trama urbana cuyo nombre no siempre es expresivo ni de la historia ni de la sensibilidad popular, especialmente desde mediados del siglo XX, con el desarrollo de amplios polígonos residenciales. En opinión del autor es un callejero sobreimpuesto al plano y al espacio geográfico que incorpora personajes y nombres con clara motivación política o ideológica, cuyo resultado ha sido la banalización de la toponimia, hasta el punto que muchos vecinos no se identifican con ella y nombran los barrios con términos comerciales como El Pryca y otros, lo que indica desafección, aunque al mismo tiempo plasma la vida colectiva sobre un lugar concreto en el tiempo que nos ha tocado vivir.

El académico numerario e historiador José Manuel Escobar Camacho aborda en su trabajo una **“Breve historia, origen y evolución del callejero cordobés”**, centrado en el estudio de los primeros topónimos conocidos. En su texto analiza los aspectos generales del callejero durante Baja Edad Media (siglos XIII-XV) y el origen de los primeros topónimos a lo largo del siglo XIII, relatos que se complementan con una relación de todos los topónimos encontrados en las fuentes documentales e historiográficas utilizadas, señalando aquéllos que se han conservado hasta el momento actual. Los dos sectores urbanos más importantes que encuentra Fernando III tras la conquista pactada de Córdoba en 1236 son la Medina y la Ajerquía, con un trazado viario de calles estrechas y tortuosas que convivía con vías principales más amplias. Sobre aquella herencia la nueva estructura de poder divide la ciudad en circunscripciones o collaciones, coincidentes con las nuevas parroquias, siete en la Villa, la antigua Medina musulmana, y otras

siete en la Ajerquía. El autor distingue dieciséis grupos de topónimos bajomedievales, determinados por la importancia de la calle, el grupo social que la habita, edificios significativos –generalmente religiosos–, elementos distintivos como animales, árboles, oficios o profesiones, personas que las habitan y otros. Cifra en torno a 350 el número de topónimos bajomedievales hallados, de los que unos ochenta se han mantenido hasta hoy, principalmente en la Ajerquía. También se desglosan por siglos –los más numerosos corresponden al XV, con un 68 por ciento–, por collaciones y por tipos de vía. El trabajo de este especialista en urbanismo bajomedieval se completa con la relación descriptiva de calles y plazas agrupadas por sectores urbanos y collaciones, así como su identificación con las calles actuales.

El académico correspondiente y periodista Francisco Solano Márquez realiza una incursión miscelánea bajo el título **“Aritmética, curiosidades y crítica del callejero cordobés”**, desarrollado en tres partes. La primera se centra en los números del callejero circunscrito al casco urbano, que comprende 62 barrios consolidados más 8 en pleno desarrollo urbanístico, agrupados en 8 distritos, que totalizan unas 1940 calles, plazas y otras vías. También establece una clasificación de calles según actividades, circunstancias o hechos históricos a que se refieren sus topónimos, en la que destacan los grupos relacionados con la Cultura, la Iglesia y la Geografía. El segundo apartado recoge curiosidades u observaciones de variada índole, como el auge de los nombres de mujer; los cambios introducidos por motivos ideológicos, que originan *bailes* de nombres y rectificaciones; la pervivencia de gremios y oficios de origen medieval; las callejas ignoradas u olvidadas del casco antiguo; la referencia a nombres insólitos o desafortunados, hoy desaparecidos, aunque perviva aún Matarratones, o las diferencias de tratamiento, que van desde un Don Matías Prats a un Paco León, como ejemplos de ambos extremos. El trabajo se cierra con algunas consideraciones críticas al callejero, citando casos como desaprovechar dos títulos de relevancia histórica (Colonia Patricia y Califato) en modestas calles periféricas; la humilde calle que se dedica a Madrid; la tendencia de topónimos dedicados últimamente a imágenes titulares de cofradías de Semana Santa, desplazando a veces nombres históricos, o los excesos en dedicación de calles a personas sin relevancia histórica o sin relación con Córdoba, sin olvidar dedicaciones duplicadas. Termina el capítulo con unas sugerencias al Ayunta-

miento, como la creación de un órgano cualificado que asesore los nombramientos, la redacción de un manual de estilo y la conveniencia de indicar la actividad del personaje.

El académico correspondiente e historiador Fernando López Mora reflexiona acerca de **“Nombrar la calle como lugar de memoria: una construcción de la identidad urbana contemporánea”**. Tras valorar el interés que el estudio de los nombres de las calles tiene para la comprensión del pasado y la identidad contemporánea de la urbe, hace referencia a las tensiones originadas en Córdoba a raíz de casos como Cruz Conde, Vallengano y plaza de Cañero. A lo largo de sus reflexiones sobre el nomenclátor urbano cita a autores como el sociólogo Alain Touraine, para quien la memoria es indispensable en la democracia, así como a los historiadores Pierre Nora, sobre los lugares de la memoria como referentes ciudadanos, y Daniel Milo, acerca del estudio de los nombres de las calles, considerados “custodios de la memoria” y “promotores de la fama”. En época contemporánea los rótulos callejeros desempeñan una cierta función administrativa y política de orientación sobre las poblaciones, además de revelar la memoria colectiva. Refiere el autor que en períodos políticos de ruptura institucional y cambios de régimen las iniciativas de memoria se precipitan, dando lugar en ocasiones, según Maoz Azaryahu, a cierta “deconmemoración” de la versión de la historia del régimen precedente, sustituida por héroes y eventos que simbolizan el nuevo, dinámicas generalizadas durante el periodo liberal del siglo XIX. Así pues, los nombres de las calles dibujan, superpuestos, toda una cartografía de la memoria contemporánea urbana, al tiempo que permiten ordenar la ciudad y transitar por ella, y su evolución proyecta además la conciencia histórica e identitaria de la ciudadanía, con sus apegos y animadversiones. Los topónimos callejeros reflejan la memoria y la identidad colectiva, pero también pretenden establecerla y configurarla con intención aleccionadora, como instrumento de acción política. El autor valora finalmente la riqueza del tapiz urbano como lugar de memoria aunque también de tensiones ideológicas, reflejo del discurso oficializado y testimonio de la vida política, social y cultural de nuestras ciudades.

El académico correspondiente y periodista Jesús Cabrera Jiménez aborda los **“Procedimientos y normativa municipal para rotular calles”**, partiendo de un recorrido cronológico por la que ha regido

desde mediados del siglo XIX. En 1853 Francisco de Borja Pavón y Luis Ramírez de la Casas-Deza, coinciden en señalar tres grupos de calles, determinados por la geografía física, la geografía humana y los nombres simbólicos relacionados con ideas, acontecimientos y personajes notables. La lentitud y disparidad de criterios municipales obliga a promulgar sucesivas disposiciones oficiales que pretenden poner orden y sensatez en la rotulación de las calles, al tiempo que permita disponer de una herramienta adecuada para confeccionar los padrones municipales. Hitos de aquel empeño fueron la creación de la Comisión General de Estadística del Reino (1856), una Real Orden sobre requisitos que debe cumplir el callejero (1858) y una Orden del Ministerio de Gobernación precisando determinadas reglas (1860), aunque la normativa no se aplicó con la suficiente diligencia. Se encomendó al cronista Maraver y Alfaro la revisión del callejero para depurarlo, sustituyendo los topónimos repetidos o malsonantes por personajes notables de la historia de Córdoba. Pero la rotulación avanzaba lentamente o se paralizaba, situación que mejorará con Tomás Conde y Luque, uno de los alcaldes que “puso a Córdoba en el camino de la modernidad”, al decir del autor, que aborda y comenta finalmente la Ordenanza Reguladora de la Denominación y Rotulación de Vías Urbanas y de la Identificación de Edificios y Viviendas aprobada por el Ayuntamiento de Córdoba en 2008, con la que “se cierra un ciclo de más de 150 años, que arranca cuando se detecta la necesidad de poner orden tanto en el nombre de las calles como en la numeración de las viviendas”.

El académico correspondiente e historiador Manuel A. García Parody desarrolla el tema **“Recuperar la memoria del pasado en las calles de Córdoba”**, circunscrito a topónimos de dirigentes políticos, admitiendo de antemano “sonadas ausencias”. Tras constatar la presencia en el callejero de gobernadores romanos, reyes visigodos, emires y califas andalusíes, monarcas castellano-leoneses, Habsburgos y Borbones, presidentes de Gobierno, ministros, corregidores y alcaldes pasa a relacionar sus nombres y las correspondientes síntesis biográficas en orden cronológico, destacando entre otros al fundador de Córdoba Claudio Marcelo, el primer califa Abderramán III, los Reyes Católicos y su entorno, Felipe II, Niceto Alcalá-Zamora y, a nivel local, Ronquillo Briceño y la saga de los Cruz Conde, sin omitir miradas críticas ni eludir cambios motivados por razones políticas coyuntura-

les. En un segundo apartado se refiere a la huella de cordobeses ilustres en el callejero, centrándose especialmente en la Generación de 1917 que toma su nombre del año en que un grupo de intelectuales, profesionales y políticos cordobeses publicaron un Manifiesto a la Nación en demanda de cambios políticos y sociales por considerar fracasada la Restauración. Cita por último los nueve firmantes que tienen calle, como son el notario Juan Díaz del Moral, el bibliotecario Antonio de la Torre y del Cerro, el ingeniero Antonio Carbonell, el periodista García Nielfa, el médico Manuel Ruiz Maya y, especialmente, el veterinario Rafael Castejón, el arquitecto Francisco Azorín, el maestro y político Eloy Vaquero y el historiador Antonio Jaén Morrente, a cuyas biografías dedica una especial atención.

El licenciado en Geografía e Historia Francisco Román Morales aborda en su trabajo sobre la **“Memoria en azulejos de antiguos topónimos”** un recorrido por las calles del casco histórico que conservan en azulejos las huellas de nombres pasados, que en algunos casos perviven pero en muchos otros han sido sustituidos, lo que evidencia que el callejero es algo vivo, sujeto a constantes cambios a través de los años. Tras repasar la evolución de la toponimia urbana, el autor agrupa los 326 azulejos identificados y estudiados en cinco categorías de topónimos, fijando los números y porcentajes que corresponden a cada grupo. Un total de 26 topónimos están relacionados con la topografía y representan el 7,97 por ciento del total; 45 corresponden a elementos del urbanismo (13,80%); 83 a la Iglesia, su labor asistencial y los hagiotopónimos, vinculados con los santos y la santidad (25,46%); 84 se refieren a la actividad productiva, principalmente la industria textil (25,77%), y por último, 88 nombres están relacionados con lo que el autor denomina con carácter general “la gente de Córdoba” (27%), que es también el grupo más numeroso. Como afirma Román, esta clasificación permite “una aproximación a la historia de nuestra ciudad, como si se tratara de fotos en color sepia que nos presentan momentos concretos de nuestro devenir como grupo humano”. Se cierra su trabajo con un plano final en el que figuran todos los grupos diferenciados por colores para facilitar así su localización.

El investigador local Juan Galán Ruiz de Adana aborda **“El Archivo Municipal, fuente de estudio para el callejero cordobés”**, trabajo en el que da a conocer la continuada labor que viene desarrollando para reconstruir la *historia* de las calles y sus dedicatarios, partiendo

de las actas municipales y otros fondos así como prensa antigua, con el propósito de rehacer el callejero y reflejar tanto los cambios políticos como su constante crecimiento, lo que plasma en una base de datos que suma ya 2.190 fichas del casco urbano y más de 600 de las pedanías. Para ello ha consultado las actas capitulares completas desde 1808 hasta 1992 así como informes de los cronistas, notificaciones y planos, que en Córdoba se pueden ver desde 1869 hasta hoy, salvo los de edificios oficiales. También ha investigado la identidad de los personajes y hechos históricos que dan nombre a las calles, y aunque el Archivo Municipal es a su juicio “la única fuente fidedigna” no siempre el Ayuntamiento ha llevado el pleno control de los nombramientos, muchos de los cuales pecan de laconismo, sin información sobre el dedicatario, y, salvo excepciones, así los reflejan las actas. Señala el vacío existente entre 1962 y 1980, cuando se encargaba de ello el negociado de Estadística, porque se ignora dónde están sus archivos. Relata el autor también casos en que las actas no reflejan nombramientos de calles por error o porque ni siquiera existe acuerdo plenario, lo que obliga a buscar fuentes alternativas. Hasta hace poco el conocimiento y cronología de los nombres antiguos se consideraba un asunto cultural, pero ha cobrado mucha importancia desde que el nombre de las calles constituye un referente catastral de los edificios y de la documentación personal. El autor relaciona y comenta también una serie de topónimos que ofrecen ciertas peculiaridades, entre ellas personajes duplicados o nombres incorrectamente escritos. Finalmente sugiere una veintena de nuevos nombres para futuras calles correspondientes a personajes que a su juicio lo merecen. Un apéndice final recoge algunas de las fichas del Callejero elaborado por el autor.

“Los legados romano, musulmán, judío y cristiano en la toponimia callejera de Córdoba” es el tema desarrollado por el profesor Antonio Varo Pineda. Considera el autor que si Córdoba ha sido algo en la Historia lo debe a su condición de Colonia Patricia y capital de la Bética, aunque los topónimos relacionados con aquella época no son muchos pero sí de relevancia, entre ellos Séneca, Lucano y Claudio Marcelo; echa en falta al emperador Octavio Augusto, que reconstruyó la ciudad. (Al final del trabajo se preguntará por qué la plaza de las Tres Culturas –referidas a la musulmana, judía y cristiana– se olvida de la romana). Más presencia tiene la huella musulmana tanto en dirigentes (entre ellos los califas Abderramán III y su sobrenombre

Al-Násir, Alhakén II e Hixen I) como en personajes de la cultura, entre otros el poeta Abén Hazan, el músico Ziryab, el médico Albucasis, el filósofo Averroes y el historiador Almacari, sin olvidar topónimos geográficos ni otros referidos a colectivos como Morería o Moriscos. Notable reflejo tiene en nuestras calles el léxico musulmán relacionado con la botánica, el comercio y la agricultura. Por el contrario, la presencia judía no ha dejado un número significativo de calles en consonancia con su importancia cultural, limitándose a algunos genéricos como Judería o Judíos, y a escasos de personajes, el más notable el polígrafo Maimónides. Advierte el autor que aunque “todo lo historiable” acontecido en Córdoba desde 1236 se podría considerar “legado cristiano”, él se circunscribe a los topónimos callejeros de carácter confesional cristiano, repasando sus distintos orígenes, como son las iglesias y conventos, existentes o desaparecidos; los santos cordobeses, entre ellos los mártires, tanto de época romana como musulmana; o puntales de la tradición devocional como San Rafael. También refleja el callejero dignidades eclesiásticas como tres Papas y una decena de obispos, así como abades, deanes, canónigos, de forma genérica o a título personal, sin olvidar a quienes dejaron su impronta en el pueblo sencillo.

La académica numeraria María José Porro Herrera desarrolla por último el capítulo **“Callejero femenino cordobés: motivación de unos cronotopos”**. Tras explicar el término *cronotopo* y su relación con el *signo* como punto de partida observa que desde un primer momento figuran en el callejero topónimos relacionados con las advocaciones marianas y el santoral; patronazgos y congregaciones; centros dedicados a fines asistenciales, y restos esporádicos de la trama medieval. Frente a aquel panorama constata que el aumento de los nombres femeninos desde finales del siglo XX está propiciado por el auge de la construcción en nuevas zonas residenciales, si bien en muchos casos se trata de “nombres impostados que producen desafección en el ciudadano”. Aquí establece la autora tres grupos de topónimos, que corresponden a profesionales, entre las que sobresalen las escritoras; artistas de distintas manifestaciones, entre ellas pintoras, cantantes y bailarinas; y un tercer grupo más heterogéneo en el que figuran políticas, activistas sociales y hasta víctimas de la delincuencia. Este fenómeno refleja un cambio social, motivado no solo por una legislación impulsora de políticas feministas y la cuota del ‘40 por ciento’ en los

estamentos oficiales, sino también por políticas que las han apoyado. Considera en sus conclusiones que si bien el peso de una sociedad confesionalmente católica se hizo presente en el nomenclátor hasta bien entrado el siglo XX, desde su último tercio “parecen tenerse en cuenta para la nominación motivaciones distintas nacidas en torno a ideologías llamadas progresistas o de izquierdas”. Y es que el callejero se ha ido tejiendo “con los hilos de los colores que le dictaba el momento”, que, aunque ha permitido la permanencia de nombres antiguos, no ha menospreciado abrirse a otros criterios, pues “la ciudad es un organismo vivo que se va transformando sin perder su esencia primigenia”. El trabajo se completa con un apéndice en el que se relacionan los perfiles de los 232 nombres femeninos que figuran hoy en el callejero del casco urbano.

Tras este recorrido por la decena de trabajos y autores, el libro concluye con un apéndice dedicado al listado general de las calles, plazas y otras vías que configuran el casco urbano actual, con indicación de los barrios a que pertenecen; una lista siempre abierta a la incorporación y cambio de nombres, como es propio de una ciudad viva y en constante crecimiento y evolución.

FRANCISCO SOLANO MÁRQUEZ
Coordinador

Entre los días 1 y 8 de junio de 2021 y con el patrocinio de la Caja Rural del Sur, la Fundación Pro Real Academia de Córdoba desarrolló la actividad **El callejero de Córdoba, reflejo de nuestra Historia**, que en un primer ciclo abordó unas **Miradas transversales sobre su toponimia**, serie de diez conferencias que ahora se compilan en el presente volumen de la colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*. Desde una perspectiva multidisciplinar se pretende abordar en ellas el origen y significado de los innumerables personajes, hechos históricos y circunstancias que han ido inspirando a lo largo de los siglos, a partir de la conquista cristiana (1236), los nombres de las calles y plazas del casco urbano de Córdoba, que hoy se aproximan a los dos mil y reflejan la manera de ver la evolución de la ciudad a través de la sociedad que las ha bautizado, convirtiéndolas así en páginas de un libro de Historia.

